

NOVELA UNA SUGERENTE FICCIÓN SOBRE ARTE DE LA ARGENTINA MARÍA GAINZA

Miradas que salvan

NARRATIVA IBEROAMERICANA

El nervio óptico

María Gainza. Anagrama.
Narrativas Hispánicas.
Barcelona, 2018. 158 páginas.

Cándido López estaba convencido de que para tocar el corazón de la realidad había que deformarla». Esta es la primera novela de María Gainza, pero hablar de debut sería erróneo porque el periodismo especializado en arte ha moldeado su mano durante años y, sobre todo, ha entrenado ese nervio óptico suyo. Aunque este es un texto escrito desde lo subjetivo y la experiencia personal, huye de esa autoficción autocomplaciente que ha campado estos años por nuestras letras con esa vagancia mental disfrazada de minimalismo que convertía las anécdotas cotidianas más inanes aliñadas con unas gotas de discurso asocial de sobremesa en presuntas obras de arte. En Gainza lo importante no es el suceso cotidiano, sino la mirada a lo que le sucede.

Con habilidad de sastre va cosiendo momentos de la historia del arte y vemos desfilar a Monet (que le parece que se quedaba en la epidermis de las cosas), Toulouse-Lautrec o Foujita cuando al llegar a Japón elimina la «o» de su apellido y todo cambia. De Rothko nos dice que sus cuadros son «bellísimos, pero la belleza puede ser sublime o puede ser decorativa, y en los livings neoyorquinos del Upper East Side sus cuadros combinaban deliciosamente bien con los sofás de



María Gainza. ROSANA SCHOJETT

cuero y las alfombras de angora». Pero ella también se apasiona al hablar del pintor «Rothko no te entra por los ojos sino como un fuego a la altura del estómago».

Lo que sucede es que en ningún momento la suya es una mirada autocomplaciente sino merodeadora. Incluso a los pintores que admira les vuelve los cuadros por detrás para ver la cinta adhesiva del bastidor. Cándido López fue un pintor argentino que trató de hacer arte con la guerra que le arrebató la mano derecha de pintar; le tuvieron que amputar el brazo más arriba del codo.

Nos cuenta Gainza que tuvo que recomponerse como pintor con la izquierda en unos cuadros de batallas singularmente coloridos en alguien a quien la guerra le había resultado tan negra y que, más por caridad que por otra cosa, el Estado Argentino acabó comprándole por una cantidad minúscula y dejándolos olvidados durante décadas en un almacén. De un jovencí-

simo Henri Rousseau nos cuenta que «no sabe mucho de nada, salvo de martillar láminas de acero hasta dejarlas finas como hostias. Su padre es el hojalatero del pueblo y Henri planea seguir sus pasos». Pero Rousseau tiene ese algo que cambia todo: la mirada. Levanta la cabeza y se queda hipnotizado mirando la forma de las nubes.

La historia del arte está llena de brillos y golpes de luz sobre las telas y también de sombras. En este libro ella recorre algunos en esos momentos vividos por pintores engarzándolos con sus zozobras del día a día y logra fascinarnos. Una fascinación sin estridencias, sin pirotecnia, donde habla desde «la brutal soledad de ese pedazo de carne transpirada que soy». Pero no hay en estas líneas esa desgana que tanto gusta a algunos críticos que creen ver en la náusea por el mundo un estadio superior de la literatura, porque la literatura del pesimismo, el perdedor y el desdén siempre tiene una mayor consideración que la literatura de la fascinación por las cosas. Gainza practica algo que ella misma bautiza agudamente: «una suave felicidad en el bajón, felicidad poética». Porque cuando esa carne transpirada que somos todos se empieza a desmoronar y el mundo nos parece vacío, la contemplación de un cuadro, un gesto amable, la forma de una nube... o la lectura de un libro como 'El nervio óptico', hacen que nuestra vida se llene de nuevo.

empieza a desmoronar y el mundo nos parece vacío, la contemplación de un cuadro, un gesto amable, la forma de una nube... o la lectura de un libro como 'El nervio óptico', hacen que nuestra vida se llene de nuevo.

ANTONIO ITURBE

